

EL INCREMENTO DE CONDUCTAS VIOLENTAS EN LOS JÓVENES



PROFESOR DR. JOSÉ MANUEL ANDREU

LICENCIADO EN PSICOLOGÍA. ESPECIALISTA EN PSICOLOGÍA FORENSE. PROF. TITULAR DE PSICOPATOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

El placer, la recompensa, es una idea central metida a fuego en todos los seres vivos que pueblan la tierra. El placer (y la evitación del daño y el dolor) es el centro del universo biológico"

Francisco Mora. El Bosque de los Pensamientos, p. 75

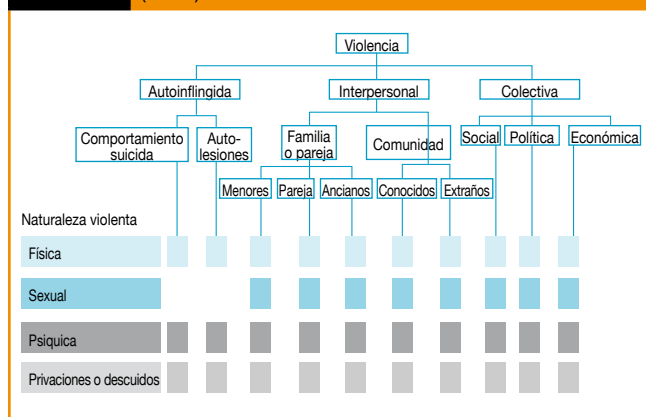
La violencia, en todas sus múltiples y variadas formas y manifestaciones sociales, es considerada en nuestros días como uno de los principales problemas de salud pública en el mundo (OMS, 2002). Según la Organización Mundial de la Salud, la violencia es un fenómeno complejo que implica el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones.

Con el objetivo de sensibilizar a la población del problema con el que nos enfrentamos, esta organización mundial desarrolló un "Informe Mundial sobre Violencia y Salud" (OMS, 2002). Desde una perspectiva global, en este informe se especifica que la violencia presenta distintas facetas o dimensiones en función de quién es el autor del acto violento. Además, teniendo en cuenta la naturaleza de los comportamientos violentos, la violencia puede manifestarse de distintas formas que irían desde la violencia física hasta la psíquica, pasando por la privación y el abandono.

Así, la violencia contra uno mismo, o intrapersonal, incluye las conductas suicidas y autolesivas. La violencia interpersonal se divide en dos grandes subcategorías: violencia intrafamiliar o de pareja, y violencia comunita-

ria, entre desconocidos o, al menos, sin relaciones de intimidad entre agresor y víctima. Finalmente, la violencia colectiva concierne a aquellas manifestaciones en las que la violencia, de unos grupos contra otros, es utilizada con fines políticos, económicos o sociales.

Figura 1 Las distintas formas de expresión de la violencia (OMS)



En relación con algunas cifras y datos de interés, se estima que cada año, alrededor de 1,6 millones de personas en todo el mundo mueren violentamente, lo que supone una tasa del 28,8 por cada 100.000 habitantes. En torno a la mitad de tales muertes lo son por suicidios, una tercera parte por homicidios (con una



tasa de 8,8/100.000) y una quinta parte por conflictos armados. En general, la mayor tasa de homicidios se produce entre los varones jóvenes de entre 15 y 29 años de edad, y especialmente en los países con menores niveles de desarrollo socio-económico.

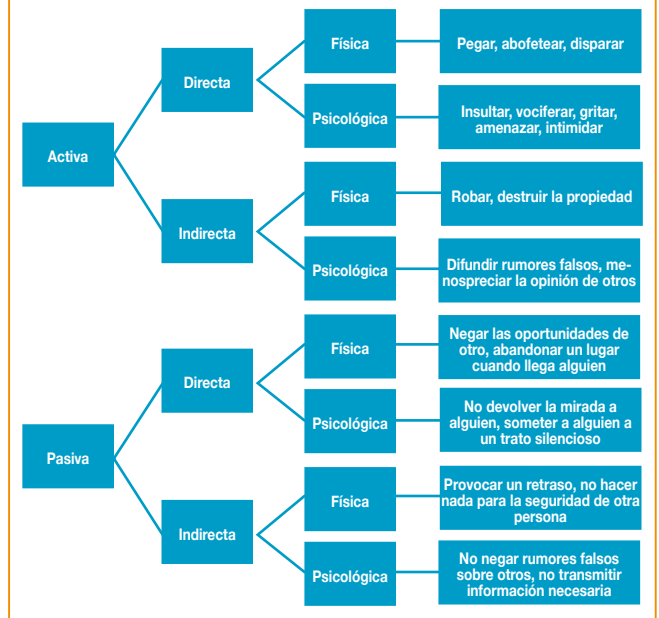
Además de las muertes violentas, son muy superiores las cifras de malos tratos físicos, sexuales y psicológicos, con graves efectos inmediatos y permanentes sobre la salud de las víctimas, tales como depresión, abuso de alcohol, ansiedad y comportamiento suicida, embarazos no deseados, enfermedades de transmisión sexual y disfunciones sexuales. Entre los costos indirectos, derivados de todas estas consecuencias de la violencia, se encuentran las siguientes: la necesidad de provisión de refugios y lugares de seguridad y atención a las víctimas; la menor productividad laboral, debida a discapacidades; la disminución de la calidad de vida y de la autonomía personal; o las alteraciones de la vida cotidiana como resultado del miedo por la propia seguridad. En el marco de la violencia interpersonal, se calcula que en el año 2000 perdieron la vida unos 200.000 jóvenes de 10-29 años, lo que supone una tasa del 9,2 por 100.000. En este caso, por cada joven muerto violentamente, entre 20 y 40 sufrieron lesiones que demandaron tratamiento hospitalario.

Paralelamente, muchos niños pequeños son maltratados o asesinados, siendo las edades comprendidas entre 0-4 años las de mayor riesgo. Entre el 10% y el 69% de las mujeres manifiestan haber sufrido agresiones físicas en algún momento de sus relaciones de pareja. A la vez que en torno a un 20% dice haber sufrido algún tipo de abuso sexual en la infancia y, en algunos países, una de cada cuatro mujeres refiere haber sido víctima de violencia sexual por parte de su pareja. Durante los últimos años diversos estudios han puesto de relieve otro problema de violencia, hasta ahora ignorado, como es el maltrato de ancianos, que se estima entre el 4% y el 6%.

De entre las múltiples estrategias que tenemos a nuestro alcance para aproximarnos a este complejo campo de estudio, es necesario plantear que la violencia es un tipo de comportamiento agresivo pero con unas características diferenciadas. La cuestión clave es determinar cuáles son esas características esenciales y en qué consisten. De entre los diferentes criterios que se han planteado, la distinción entre los distintos tipos formales y funcionales de la agresión supone un marco de investigación especialmente relevante en nuestros días.

La Figura 2 describe los distintos tipos formales de agresión sobre los que la investigación actual profundiza en relación con sus mecanismos, origen y epidemiología.

Figura 2 Dimensiones formales de la conducta agresiva



La Tabla 1 presenta las tres dimensiones básicas a través de las cuales se puede analizar la agresión desde una perspectiva multidimensional y funcional.

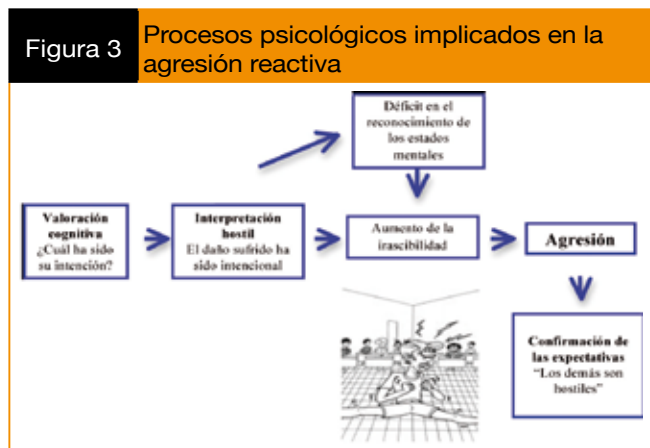
Tabla 1 Dimensiones y tipos de conducta agresiva y/o violenta		
Dimensiones	Tipos de agresión	
Conductual	Agresión Física	Agresión Verbal
Social	Agresión Directa	Agresión Indirecta
Motivacional	Agresión Reactiva	Agresión Proactiva

Tabla 2 Características diferenciales entre ambos tipos de agresión	
Agresión reactiva	Agresión proactiva
Con afectación emocional negativa (enfado, ira u hostilidad).	Agresión con un objetivo y que no es provocada.
En respuesta a una provocación percibida (real o no).	No hay activación emocional negativa.
Tendencia a atribución de hostilidad.	Creencia en la eficacia positiva y en los resultados de la violencia.
Impulsiva.	Premeditada.
Historia previa de victimización y maltratos.	Exposición previa a modelos agresivos.

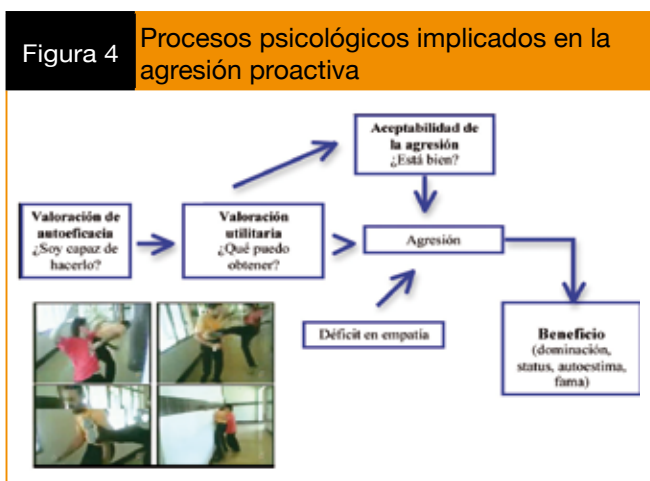
Fuente: Andreu (2010)

Esta última dimensión, referida a los aspectos funcionales de la agresión, es especialmente relevante en el estudio de la agresión en jóvenes y adolescentes ya que facilita el análisis empírico de la motivación fundamental del agresor a la hora de recurrir a la agresión para resolver un conflicto; además de permitir a los investigadores analizar los procesos socio-cognitivos y motivacionales subyacentes a la conducta agresiva (Andreu, Ramírez y Raine, 2006; Crick y Dodge, 1996). Así, partiendo de un parámetro conductual muy básico, el daño producido o el beneficio recibido, es posible distinguir dos tipos de agresión: la reactiva y la proactiva. La agresión reactiva incluye una serie de conductas elicítadas básicamente como reacción a una agresión, provocación o amenaza percibida, además de sesgos atribucionales hostiles (Raine et al., 2006).

La figura 3 ilustra los procesos psicológicos que parecen intervenir en este tipo de agresión.



La agresión proactiva (Figura 4), por el contrario, incluye una serie de actos puestos en marcha intencionalmente para resolver conflictos, para conseguir beneficios, recompensas o refuerzos valorados por el agresor, por lo que no implican necesariamente que la motivación primaria de la agresión sea hacer daño a la víctima (Ramírez y Andreu, 2006).



Los aspectos considerados anteriormente, señalan la necesidad de prestar atención a los siguientes aspectos en relación con la evaluación psicológica de la violencia juvenil (Andreu, 2010):

- La existencia de diferentes tipos de agresión
 - Función instrumental vs. hostil de la agresión
- La co-existencia de múltiples factores (biológicos, psicológicos y sociales)
 - Creencias normativas, estilos atribucionales y consecuencias
- La identificación de los factores de riesgo (personales, escolares, familiares y de personalidad)
 - Desadaptación familiar, escolar e influencia de los pares

SE ESTIMA QUE CADA AÑO, ALREDEDOR DE 1,6 MILLONES DE PERSONAS EN TODO EL MUNDO MUEREN VIOLENTAMENTE, LO QUE SUPONE UNA TASA DEL 28,8 POR CADA 100.000 HABITANTES

En relación con las implicaciones de cara a la prevención y el tratamiento, tenemos que tener en cuenta que los agresores reactivos son adolescentes con altos niveles de agresividad hostil y vengativa que atribuyen intenciones hostiles a los demás y no saben controlar su ira el tiempo suficiente como para buscar soluciones no agresivas a sus conflictos. Por tanto, la reestructuración del pensamiento en este tipo de agresores es fundamental, de modo que se debe de lograr que estos adolescentes interpreten desde otro punto de vista sus interacciones y no atribuyan intenciones hostiles cuando no las hay. Además, es necesario que desarrollen habilidades de empatía colocándose en el lugar de la víctima e imaginando cómo se siente ésta. Finalmente que generen soluciones no agresivas a sus conflictos mediante el entrenamiento de la asertividad y el control de la ira.

Por otra parte, en cuanto a los agresores proactivos, que son adolescentes muy agresivos a quienes no les resulta difícil realizar actos agresivos y que confían plenamente en la agresión como medio de resolver sus conflictos, las orientaciones de cara al tratamiento implican eliminar, cuando sea posible, las consecuencias reforzantes de la agresión, impulsando medios alternativos para lograr sus objetivos, aprendiendo métodos no agresivos o cooperativos de resolución de problemas y desarrollando creencias no favorables a la agresión. ■